

VARONES: ENTRE LO PÚBLICO Y LA INTIMIDAD

IV Encuentro de Estudios de Masculinidades

FLACSO - Biblioteca

**José Olavarría
Arturo Márquez
(Editores)**

**Red de Masculinidad/es
Chile**

FLACSO-Chile

UNFPA

ÍNDICE

Presentación	
<i>Teresa Valdés</i>	5

Introducción	
<i>José Olavarría y Arturo Márquez</i>	9

SECCIÓN I

MASCULINIDAD/ES: POLÍTICA, GÉNERO Y DIVERSIDAD SEXUAL

Hacer política a pesar de los políticos	
<i>Teresa Valdés</i>	17

Dominación de género y actores políticos	
<i>Mireya García R.</i>	37

Obstáculos y alternativas políticas del movimiento homosexual en Chile	
<i>Carlos Sánchez</i>	43

SECCIÓN II

MEDIOS DE COMUNICACIÓN, GÉNERO Y MASCULINIDADES

Teleseries chilenas: el descubrimiento de lo masculino	
<i>Víctor Carrasco Miranda</i>	63

La representación de lo gay en la sociedad homofóbica	
<i>Héctor Nuñez G.</i>	71

La máquina de gastar	
<i>Carlos Ossa</i>	81

SECCIÓN III
SABERES TERAPÉUTICOS: MASCULINIDADES E INTIMIDAD/ES

Los trabajos de Hércules
Gonzalo Pérez 91

Homosexualidad, culpa y cristianismo
Jan Hopman 101

SECCIÓN IV
**LA RED: CONVERSACIONES SOBRE MASCULIDADES ENTRE
LO PÚBLICO Y LA INTIMIDAD**

Los hombres también somos fecundos
José Olavarría 119

Hombres, paternidad y separaciones: buscando igualdad
de oportunidades
Marcelo Rozas Pérez 129

Control, cuerpos y fugas: la construcción identitaria en la disco gay
Juan Pablo Sutherland 147

Los desafíos del VIH/SIDA: Ciencias Sociales y Sociedad Civil
Francisco Vidal 153

DOMINACIÓN DE GÉNERO Y ACTORES POLÍTICOS

Mireya García R.¹

Para Robert Connell, uno de los grandes teóricos de la masculinidad, existe un cambio en el sistema de género producto de los nuevos roles que han ido asumiendo las mujeres en el ámbito político, económico, cultural y social, así como en el complejo y privado espacio del hogar. Este hecho, que indudablemente provoca cambios en las relaciones, a los hombres les provoca inquietud, al percibir a la mujer en una competencia, luego de permanecer fuera o extremadamente limitada en diversos espacios, entre los que destaca el ejercicio de la política y el poder.

La forma de enfrentar este fenómeno varía entre hombres y culturas; culturas que por cierto definen y guían las conductas de acuerdo a los roles asignados en función de intereses, tiempos y lugares. No existiría, por tanto, un modelo universal e inalterable. Sin embargo, la multiplicidad de expresiones y modelos de masculinidades, encuentran su síntesis en la autoridad y supremacía de los ámbitos masculinizados.

Michael Kimmel, señala: “La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas”.

Esta característica se confirma al interior de una misma sociedad, en base a las variables edad, clase social o etnia. Un ejemplo, de los múltiples existentes, lo encontramos en el obrero inglés, quien centra su masculinidad en la alta valoración del trabajo manual, el desdén por la actividad intelectual y un marcado

¹ Asistente Social, Vicepresidente Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.

sexismo, mientras que la masculinidad en la burguesía se define alrededor del éxito en actividades intelectuales, comerciales o empresariales.

Los estudios indican que lo masculino se define socialmente y, ante todo, frente a lo femenino. Es cierto que ambos géneros se delimitan de forma relacional, como decía Simone de Beauvoir (1977), “la mujer tampoco nace, se hace”.

Otros autores acentúan que en el caso de la masculinidad, el proceso psíquico, social y cultural de constitución de la masculinidad, alcanza preeminencia el código negativo sobre el positivo. Este código sería de diferenciación respecto a los arquetipos de las mujeres, los homosexuales o los niños. La reafirmación del ser masculino pasa por la certidumbre de que no se es menor, homosexual ni mujer. Investigaciones antropológicas realizadas por Gilbert Herdt sobre los ritos de iniciación a la masculinidad en los *sambia* de Nueva Guinea, dan cuenta que éstos se inician en los niños a partir de los 7 años, al ser separados de sus madres y llevados a un monte exclusivamente masculino, donde permanecerán alrededor de 10 años. Desde ese momento hasta que se hayan convertido en hombres, no podrán tener ningún contacto con sus madres.

La primacía del código negativo sobre el positivo se manifiesta también en la negación de los varones a mostrar sus propias emociones, lo que los predispone a inestabilidades ante cualquier alteración en los modelos de feminidad y en los comportamientos de las mujeres. Uno de los principales roles del hombre, el de proveedor, dejó de ser exclusividad masculina, al producirse proveedoras, jefas de hogar, líderes y figuras en los más variados terrenos de la relación-acción de la mujer.

Según los *posfreudianos*, la identidad masculina no se adquiere por referencia a la figura paterna, sino por referencia a la figura materna, de la que trata de separarse psíquicamente, superando su anterior sentido de unidad con ella para lograr una identidad que su cultura define como masculina. La niña, en cambio, no tiene que romper con ese sentido de unidad y, de hecho, la identificación con la madre va a constituir un elemento clave en su identidad femenina; de ahí que el código positivo adquiera mayor peso que el negativo en la constitución de identidad.

También encontramos conglomerados, que podrían calificarse como *progresistas* o *emancipados*, que asumen que la discriminación que ha sufrido la mu-

jer debe ser confinada y permitirse dar el paso a la aceptación de estos nuevos roles, luego de centenarias desventajas, violencia y discriminación.

Por otra parte, el fenómeno de la globalización o del dominio del mercado, ha exacerbado los patrones relacionales, llegando a formas acentuadas de autoritarismo y desvalorización del género femenino. Un ejemplo de ello, es que en algunos países asiáticos, se ha intensificado una masculinidad agresiva, como expresión de la desestabilización que provoca la globalización en las relaciones sociales. En este fenómeno la influencia de los medios de comunicación juega un papel relevante, al introducir patrones, estereotipos y modos de consumo fomentados por expresiones de masculinidad/superioridad/calidad/triunfo.

En el plano laboral, junto con el incremento del número de mujeres en la vida productiva, se sigue produciendo una desigualdad que no encuentra razón objetiva alguna. El ingreso promedio de los hombres sigue siendo significativamente mayor al de las mujeres. Este hecho refleja una forma de violencia, que mantiene la aspiración de equidad o igualdad de género, a pesar de todos los avances logrados, en un proceso con falencias e injusticias, más o menos visibles, dependiendo del grado de desarrollo económico y socio-cultural de los países y sus culturas.

En un plano más general, podemos decir que las sociedades reproducen esquemas globales de interrelación dominados por políticas y conductas esencialmente violentas en su construcción relacional básica. Esta permite la violencia intra familiar, el abuso sexual o la violencia verbal, como manifestación de algunos indicadores de estos modelos sociales violentos, que si bien se viven en la esfera de lo privado, son la expresión omnipotente de la supremacía masculina, la acción del más fuerte o lo mesiánico.

Concordante con la estratificación de clases, y las discriminaciones e injusticias que le son inherentes, podemos encontrar en el tema de género, la misma matriz en términos de derechos, inserción, facilitadores o espacios. La homologación estaría dada por la desproporción existente entre masculinidad, feminidad y homosexualidad. Situación que entrega claves de un fenómeno que excede el análisis meramente histórico-cultural, en tanto los roles se fueron definiendo de acuerdo a la participación, mayoritariamente masculina en los procesos productivos. La generación del concepto “proveedor”, ya citado, es

el mismo que en la categoría macroeconómica conocemos como poder económico. En ambos casos con afinidades subyugantes para los “beneficiarios”.

La condición de dependencia de la mujer frente al proveedor, la llevó a retribuir en diversas formas, entre otras, con aceptación, tolerancia e invisibilidad. En el plano político, basta recordar que en nuestro país el derecho a voto de la mujer se logró sólo en la década de los 40, no por concesión masculina, sino por lucha femenina.

Por su parte, la homosexualidad –a pesar de la apertura de los últimos años– sigue siendo una “condición” de discriminación en sí misma, que obliga al secreto, a la vida clandestina y a la negación de la identidad frente a los otros, que representan roles sexuales establecidos como “naturalmente normales”, precisamente por evitar la estigmatización y desplazamiento de lo socialmente aceptado, entre otros, el ejercicio político y el acceso a las áreas de poder.

La homofobia, como discurso moralista, no es sino una forma más de las expresiones de la masculinidad dominante. Esta se certifica con el rechazo a la diversidad sexual, relegando a la clandestinidad a quienes “padecen conductas sexuales anormales”. Situación que se acrecienta con la aparición del SIDA, reflejamente asociado a los homosexuales, a pesar de que un porcentaje no menor corresponde a transmisión heterosexual y en ese fenómeno hay una importancia directa de los patrones de dominación masculina sobre las mujeres y particularmente la explotación sexual.

Muchos hombres piensan que es poco masculino protegerse y presionan para mantener relaciones desprotegidas como afirmación de autoridad. Basta recordar las violaciones masivas durante los conflictos bélicos y las transacciones de sexo comercial. La violación se ha convertido en un acto de guerra y reafirmación de la autoridad masculina sobre las poblaciones femeninas insertas en situaciones bélicas.

Simone de Beauvoir, al publicar *El segundo sexo*, generó pensamientos que posteriormente se han desarrollado en la literatura, programas educativos, organismos de ámbito estatal, autonómico y municipal que direccionan políticas dirigidas a las mujeres, nuevas figuras profesionales dedicadas, al desarrollo de la igualdad de oportunidades. También en el ámbito académico, en las

universidades, maestría o doctorado, se ha introducido la psicología, filosofía, sociología o antropología del género.

Después de años, en que se consideró que la mujer era la gran desconocida de la humanidad, en relación con su papel en la economía, en la política, en las relaciones domésticas, la invisibilidad en las ciencias sociales y las relaciones de dominación, sobre las concepciones de feminidad, sobre la compatibilización del rol doméstico y el laboral, etcétera, se pasó a considerar que el hombre, en contra de lo que se creía, era también –como rememora Badinter (1993)– otro desconocido.

El conjunto de conductas, símbolos, ideas, valores y normas de comportamiento generadas en torno a la masculinidad, tienen consecuencias políticas, económicas, laborales y profesionales, en las relaciones entre hombres y mujeres. Unas consecuencias que siempre entrañan relaciones de poder en las que los hombres ocupan la posición dominante, lo cual no deja de provocar conflictos de carácter simbólico o material.

Hombres que se relacionan con mujeres de forma simétrica, realizan tareas consideradas femeninas o aceptan que las consideradas masculinas sean ejecutadas por mujeres, serán entendidos como renunciando dadas las cuotas de poder que, por su sexo, le corresponderían.

Estudiar la masculinidad introduce a investigar normas, prácticas, y comportamientos que conducen a un acceso diferencial de los recursos físicos, laborales, políticos, económicos, simbólicos, que tiene cada grupo de hombres con respecto a las mujeres y con respecto a otros grupos de hombres.

En la España contemporánea, donde la ley reconoce la igualdad de oportunidades y sanciona la discriminación por género, se está investigando la desigualdad que, si no de derecho, existe de hecho, sobre todo en lo que afecta a la consecución de cargos y posiciones de poder en las empresas, la administración pública, los partidos políticos, los departamentos universitarios, los sindicatos.

Hay quienes explican estos fenómenos a partir de la mayor ambición que caracteriza a los hombres. Sin embargo su consecución se logra gracias a la

existencia de una estructura objetiva de oportunidades que les facilita el acceso a tales posiciones.

La tendencia a naturalizar y divinizar la masculinidad, sirve para legitimar una posición dominante en la estructura social. En una investigación realizada entre jóvenes de la Comunidad de Madrid, Félix Ortega (1993) constata que buena parte de los varones explican sociológica o culturalmente la existencia de desigualdades. Es decir, reconocen que la presencia de los hombres en los puestos importantes es consecuencia del trato privilegiado de que son objeto por parte de la sociedad. Sin embargo, el hecho de reconocer que el privilegio social existe, no los lleva a abandonar principios ideológicos biologicista y psicologista.

El estudio de la masculinidad implica ir mas allá del estudio de los hombres y de la introducción de la variable sexo en los análisis. La masculinidad es un concepto que articula aspectos socio-estructurales y socio-simbólicos, por lo cual exige que se investigue tanto el acceso diferencial a los recursos físicos, económicos y políticos, así como las concepciones del mundo, las conductas, el proceso de individuación y la construcción de identidades.

Importa rescatar los avances, que como todo proceso social, conlleva tiempos, contradicciones y dificultades, para lograr una comprensión del fenómeno y a partir de ello profundizar en los logros que harán realidad el concepto de igualdad social, de género, de seres humanos con derechos, deberes y oportunidades con la sociedad y los géneros que la componen y la definen.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De Beauvoir, Simone (1977) *El Segundo sexo*. Siglo XX. Buenos Aires, Argentina.
Badinter, Elizabeth (1993) *XY, la identidad masculina*. Editorial Norma. Bogotá, Colombia.
Kimmel, Michael (1997) "Las experiencias contradictorias la poder contra los hombres", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de la Mujer N°24, ISIS Internacional, FLACSO-Chile. Santiago, Chile.